

1 de noviembre: Todos los Santos
2 de noviembre: Fieles Difuntos
9 de noviembre: Dedicación de la basílica de Letrán
16 de noviembre: D. 33 del tiempo ordinario / C

Otros materiales:
Calendario litúrgico
2026-2027

Peregrinos de esperanza hacia el cielo

Este año 2025 permanecerá por siempre marcado con el Jubileo «Peregrinos de esperanza». Un año jubilar con el que nos marcó el paso de nuestro caminar el papa Francisco. Él nos dejó el 21 de abril, después de compartir con nosotros el mensaje del Cristo resucitado del Domingo de Pascua. Y ahora el papa León XIV sigue impulsándonos hacia este camino.

Noviembre, mes que hace de bisagra entre el otoño y el invierno. Es un tiempo privilegiado que nos manifiesta especialmente la meta de nuestro peregrinaje. Un mes que nos hace levantar la mirada hacia el cielo y contemplar el fin del camino. En

los santos, que ya participan de la gloria del cielo, como Carlo Acutis, canonizado recientemente y que decía que la autopista para ir al cielo es la Eucaristía. Y en los fieles difuntos, a los que encomendamos al buen Dios en nuestra oración: «Haz, Señor, que ellos resuciten con vuestros santos y elegidos. Perdónales todas las faltas y los pecados, y que contigo consigan la vida inmortal y el reino eterno».



DAVID ÁLVAREZ

Jubileo de la esperanza, ¿jubileo de los pobres?

Estamos en año jubilar y el papa Francisco convocó este año jubilar dedicado a la esperanza, y durante todo el año, especialmente en Roma, se dedica cada fin de semana a la celebración del jubileo de un colectivo determinado (periodistas, sanitarios, diáconos, jóvenes, etc.). El día 16 de noviembre está convocada en Roma la celebración del jubileo de los pobres, pero podríamos preguntarnos: ¿Los pobres experimentan el jubileo?

Parémonos en cada una de estas realidades.

Origen del jubileo en el pueblo de Israel

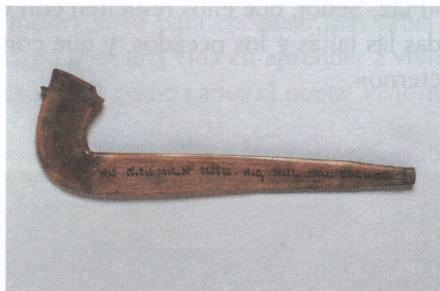
La palabra *jubileo* evoca el oído. En efecto, recuerda el característico sonido penetrante del cuerno de carnero o cabra, el *shofar*, que en la tradición bíblica marca el comienzo de ciertas fiestas sagradas para el judaísmo como Rosh ha-Shaná, el año nuevo judío, o Yom Kipur, el Día de la Expiación.

Según la tradición, se tocaba un cuerno de carnero para conmemorar la fe de Abraham en el monte Moriah, cuando el patriarca no eludió el sacrificio de su hijo Isaac. Un carnero atrapado con sus cuernos en un arbusto era, en efecto, señal de que Dios había apreciado su obediencia.

El sonido del cuerno anuncia otra gran solemnidad de la Biblia: el *Jobel*. Esta palabra significa literalmente «carnero». Según la prescripción contenida en el capítulo 25 del libro del Levítico, cada siete semanas de años, en el año quincuagésimo, la «trompeta de aclamación» debía sonar para proclamar un «sábado» de doce meses de duración en el que la tierra debía descansar, las deudas debían ser perdonadas y las propiedades devueltas a su dueño original.

El jubileo del pueblo judío tiene su origen en la entrada en la tierra prometida, que se sitúa como año cero, como inicio de una nueva época en libertad, una vez superada la esclavitud de Egipto. Era la rememoración del cumplimiento de las promesas de Dios. Cada año jubilar suponía un nuevo comenzar.

En este contexto, el «año de gracia», el jubileo tenía para los pobres de Israel una dimensión liberadora, ya que los elementos fundamentales de



dicha celebración eran el perdón de las deudas y la liberación de la esclavitud. Se presentaba la posibilidad de un nuevo comienzo.

El jubileo cristiano

Cabe preguntarse: ¿Tiene sentido para los cristianos celebrar un jubileo?

- Los cristianos vivimos el Gran Jubileo, el Jubileo permanente. Jesús ha dado inicio al tiempo del jubileo ofrecido por Dios.
- En el Jordán, el cielo se abre, el Espíritu baja y se oye la voz del Padre que reconoce a Jesús como su hijo amado y, en Él, a todos los humanos.
- Jesús se presenta como el cumplimiento del año de gracia anunciado por Isaías, como contemplamos en el relato de Jesús en la sinagoga de Nazaret.
- El jubileo del pueblo de Israel era un comenzar de nuevo. En Jesús, es un vivir permanente el nuevo tiempo.
 - a) Ya no se trata de hacer descansar la tierra cada 50 años; nosotros tenemos la misión de cuidar la casa común, para dar cumplimiento al proyecto de Dios.
 - b) Ya no se trata de perdonar las deudas cada 50 años; a nosotros se nos invita a perdonar setenta veces siete cada día, es decir, siempre.
 - c) Ya no se trata de liberar a los esclavos cada 50 años; a nosotros se nos invita a vivir como hermanos, libres e iguales, en

donde no hay lugar para la esclavitud, ni para la explotación, ni para la injusticia.

Pero la realidad que contemplamos no es esta, si miramos a nuestro alrededor, tenemos la sensación de que caminamos en dirección contraria a la que pretendía el establecimiento del jubileo.

- Frente al perdón de las deudas, para permitir un nuevo comenzar, especialmente a las nuevas generaciones, nos encontramos con una transmisión intergeneracional de la pobreza, que hace que las nuevas generaciones tengan más dificultades para salir de dicha situación y con un índice cada vez más alto de niños y jóvenes en situación de pobreza grave. En nuestro país se estima que un 29,2% de los niños y jóvenes está en riesgo de pobreza, es decir, 2,3 millones de personas, y, entre este grupo de población, la pobreza severa alcanza el 14,1%.
- Tenemos abolida la esclavitud, pero muchas personas se ven obligadas a trabajos precarios y mal pagados, que no les permiten tener una vida digna, ni para ellas ni para sus familias, en una situación de nueva esclavitud, con una nue-



va realidad de trabajadores pobres, con lo que el trabajo ha perdido la capacidad de ser fuente de progreso y desarrollo para las personas.

- Tenemos entre nosotros a personas y familias condenadas a vivir en una habitación, sin seguridad jurídica y, lo que es más importante, sin espacio para desarrollar su proyecto de vida.
- Hemos globalizado la economía, pero los desplazamientos de las personas en busca de una vida mejor crecen sin cesar, recibiendo como respuesta el cierre de las fronteras y de nuestros corazones a estas personas, hermanas nuestras, criminalizando a todo el colectivo de personas desplazadas y olvidándonos muchas veces del respeto a su dignidad. No somos conscientes, además, de que muchas de ellas están realizando trabajos imprescindibles para nuestra sociedad, pero que, en muchas ocasiones, cuesta que sean asumidos.

Ante esta situación, nos podemos preguntar: ¿Los pobres pueden sentir este año de gracia como un año de jubileo?

Decimos al inicio que el papa Francisco convocó este jubileo como el Jubileo de la Esperanza. Hemos contemplado cuál es la realidad en la que viven en estos momentos millones de personas, que carecen de las mínimas condiciones para desarrollar una vida mínimamente digna, humana, y a estas personas, hermanos nuestros, cuando les falta todo, solo les queda la esperanza.

- La esperanza de que la humanidad se dé cuenta de lo equivocado del camino emprendido, que la desigual distribución de la riqueza no sirve a nuestro desarrollo como especie, como humanidad.
- La esperanza en una Iglesia que viva en plenitud el mandato del Señor Jesús de considerar a nuestros hermanos más necesitados como los hijos predilectos de Dios.
- La esperanza en una Iglesia en la que los pobres no sean los del fondo a la izquierda, sino que participen en pie de igualdad de nuestra vida comunitaria.
- La esperanza en una Iglesia que, como decía san Lorenzo, considere a los pobres su mejor tesoro.
- La esperanza de que caminemos hacia la construcción de una única familia, la familia humana, en la que todos nos sintamos solidarios unos de otros.
- La esperanza de que el amor que Dios nos tiene, especialmente a los más pobres, sea vivido y experimentado en la vida de cada día.

Ante este panorama, nuestra respuesta ha de ser afirmativa. Sí, el Jubileo de la Esperanza es el Jubileo de los pobres, porque la esperanza es el único bien que les queda y ellos son los depositarios genuinos de la esperanza a la que el Señor nos invita.

Todos los Santos y Fieles Difuntos

La solemnidad de Todos los Santos, en lo referente al Occidente latino, tiene su origen en Roma en la transformación del Panteón, un templo pagano en recuerdo de todas las divinidades, en la iglesia cristiana dedicada a la Virgen María y a todos los mártires, el 13 de mayo de 609 o 610 dC. Más tarde, a principios del siglo VIII, el papa Gregorio III eligió el



1 de noviembre como fecha para el aniversario de la consagración de un oratorio dentro de la antigua basílica de San Pedro en honor al Salvador y a la Virgen María, en el que había muchas reliquias de los apóstoles y de todos los santos. En la liturgia bizantina, en cambio, la fiesta de Todos los Santos se celebra el domingo después de Pentecostés, para subrayar el vínculo entre la santidad y el don del Espíritu.

En la base de esta fiesta hay una verdad de fe que proclamamos en el Credo, pero que fácilmente puede quedar en segundo plano: la «comunidad de los santos». En el Catecismo de la Iglesia Católica núm. 948, leemos que el término «comunidad de los santos» tiene un doble significado:

por un lado, se refiere a la comunión con las *cosas santas* (*sancta*, sobre todo los sacramentos), y por otro lado, a la comunión entre los *santos* (*sancti*). Los fieles (llamados santos ya en el

Nuevo Testamento) se nutren del Cuerpo y la Sangre de Cristo (las cosas santas) para crecer en la comunión del Espíritu Santo, que los une en una misma fe y en una única caridad, para llevar el Evangelio

a todo el mundo. Esto nos recuerda la dimensión comunitaria de la fe cristiana. Somos salvados en la Iglesia y con la Iglesia. Ciertamente, el acto de fe pide el consentimiento libre de cada uno al don de Dios, pero sin perder nada de este gesto absolutamente personal; al mismo tiempo, la fe la recibimos de la Iglesia y nos inscribe en la comunidad eclesial que, en parte, aún peregrina y, en parte, ya goza en el cielo de la presencia del Dios Uno y Trino. Por eso el Catecismo (núm. 946) recuerda que la Iglesia son los santos. Esta comunión conlleva la unidad de la fe, la realización del amor y el intercambio de la gracia del Espíritu, tanto entre los que aún estamos en este mundo como entre nosotros y los que ya nos han precedido en la fe.



El prefacio de la fiesta de Todos los Santos usa la imagen de la Jerusalén celestial, tomada del libro del Apocalipsis, del que también se lee un fragmento en Matines y otro como primera lectura de la misa. Eso nos ayuda a tener presente el alcance entero de nuestra vida como creyentes, una vida que tiene dos partes. La primera es la que vivimos ahora y aquí, en la que como *peregrinos* caminamos hacia la ciudad santa *con deleite*, con la alegría a la luz de la fe. La segunda parte es la que la oración de poscomunión llama *banquete de la patria celestial*. Con tantos compañeros de ruta es imposible sentirse solo.

Por influencia de la tradición monástica benedictina, concretamente la

del abad de Cluny, san Odilón (961-1049 dC), la liturgia romana asocia la solemnidad de Todos los Santos con la memoria, al día siguiente, 2 de noviembre, de Todos los Fieles Difuntos. Ya que una de las prácticas piadosas de este día es la visita al cementerio para rezar por los difuntos, y ya que el 2 de noviembre no es fiesta laboral, esta práctica se ha trasladado al día 1 de noviembre y, de esta manera, la solemnidad de Todos los Santos ha quedado asociada a la oración por los difuntos. En cualquier caso, las celebraciones de estos dos días nos animan a afrontar el misterio de la vida y de la muerte con la esperanza de la resurrección y de la vida eterna.

IGNASI FOSSAS

María en la liturgia

La Iglesia ha venerado a María en la liturgia desde la antigüedad. Este culto a la Virgen tiene su fundamento en los dos motivos que recoge el número 103 de *Sacrosanctum Concilium*: ser Madre de Dios y estar unida indisolublemente a la obra salvífica de su Hijo.

María concibió y dio a luz al Verbo de Dios, al Hijo de Dios, a la segunda persona de la Trinidad. Por tanto, al dar a luz a Jesús hombre estaba dando a luz al Jesús Dios, siendo por tanto la Madre de Dios.

Por otra parte, María es celebrada en la liturgia porque se encuentra indisolublemente ligada a su Hijo. Gracias al «sí» de María (cf. Lc 1,26-28), el Verbo de Dios se encarnó al llegar la plenitud de los tiempos (cf. Gal 4,4). Y es por ello también el fruto más espléndido de la redención, la primera salvada, la primera glorificada. La Virgen María solo tiene sentido en la obra de la redención en relación a su Hijo, su función en la historia de la salvación no puede desligarse de ser la Madre de Jesucristo. Mirar a María debe llevarnos a mirar a su Hijo, como bellamente han tallado los artistas del románico al mostrar a la Virgen como la sede que presenta a Cristo al mundo.

Así, las celebraciones marianas del calendario deben traslucir un trasfondo cristológico, ya que deben estar enraizadas en Cristo y en su Pascua. Desde su concepción inmaculada por la que la Virgen fue preservada de todo pecado para preparar una digna morada del Hijo de Dios en previsión de su muerte redentora (cf. oración colecta y prefacio de la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María) hasta su ascensión a los cielos porque no podría conocer la corrupción del sepulcro la que concibió en su seno al autor de la vida, el Hijo de Dios encarnado (cf. prefacio de la solemnidad de la Ascensión de la Bienaventurada Virgen María), pasando por el resto de celebraciones marianas del calendario.

La Virgen María fue presentada por los padres conciliares como como imagen de la Iglesia. Así *Sacrosanctum Concilium* no solo ha destacado la dimensión cristológica de María, al señalar su íntima unión a la obra redentora de su Hijo, sino también su dimensión eclesiológica, pues en María la Iglesia contempla lo que ella misma ansía y espera ser. María es el espejo en el que la Iglesia peregrina en el tiempo se refleja. María es primicia de todos los creyentes.

JOSÉ ANTONIO GOÑI

«Morir es solo morir...»

La civilización occidental actual ha pretendido ignorar la muerte, segura de una existencia terrenal ya infinita. Sin embargo, la todavía reciente pandemia del coronavirus ha obligado a todo el mundo a ver y encontrarse con la muerte; de hecho, ha obligado a la humanidad a pensar y detenerse ante ella. El consumismo imperante es una forma de exorcizar la muerte, llenarse de cosas, buscar constantemente novedades y atiborrarse de placeres. Incluso la percepción de omnipotencia, derivada de la idolatría del progreso y la tecnología, se convierte en la gran ilusión de poder vencer a la muerte.

Sin embargo, estamos luchando por salir de una época en la que todos los pueblos del mundo han tenido que enfrentarse a las cuestiones últimas de la vida: «¿Por qué nacemos y por qué morimos? ¿Qué nos espera tras nuestra partida de este mundo? ¿Qué queda de cada persona más allá de este tiempo y este espacio?». Sí, plantear el tema del «morir» y dedicarle atención es un signo de madurez humana y de disposición a superar la prueba decisiva, que puede manifestarse de repente o con una preparación gradual, como en el caso de la enfermedad. Si se afronta bien y se acepta de algún modo, la muerte lleva a mirar la vida con mayor profundidad, hace comprender mejor la propia fragilidad y la de los demás, y ayuda a compartir ciertas horas extremas. Solo se sale del laberinto cogidos de la mano. Cuando todo parece acabar, es precisamente entonces cuando germina algo inédito.

La perspectiva subyacente es la fe en Cristo crucificado y resucitado, que ilumina el misterio de toda persona humana. Al final, la elección es decisiva e ineludible: o la vida, que termina en la nada, está destinada al fracaso total, o es una peregrinación que, por fatigosa que sea, tiene un destino satisfactorio. Para la Iglesia, la atención a los difuntos y a sus familiares en luto sigue siendo una obra de misericordia, que interpela a todo cristiano. El debate abierto sobre el «final de la vida» y las nuevas prácticas de cremación y sepultura exigen un testimonio más claro por parte de los cristianos, con la necesidad de un adecuado estudio catequético de cuestiones delicadas y complejas.

La recuperación del tradicional «arte de morir» sirve para encauzar más sabiamente el «arte de vivir». Sí, es cierto: se tarda toda una vida en aprender a vivir y se tarda toda una vida en aprender a morir. Pero como cantó el poeta: «Morir es solo morir. Morir se acaba...».

LINO EMILIO DÍEZ VALLADARES, SSS

Centre de Pastoral Litúrgica

📍 Diputació 231 - 08007 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es

wa 619 741 047

Director de la publicación: Jaume Fontbona

Año LVII

Suscripción anual: 110,00 €

Precio de cada ejemplar: 7,00 €

Imprenta: GZ Printek

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975